

**Muere uno de los padres de la Constitución** Reacciones tras el fallecimiento de Gregorio Peces-Barba

■ Foto tomada en 1988 a los siete padres de la Constitución. De izquierda a derecha, Manuel Fraga, Gabriel Cisneros, Gregorio Peces-Barba, José Pedro Pérez-Llorca, Jordi Solé Tura, Miguel Herrero de Miñón y Miquel Roca. / LA VOZ

Despedida a un amigo y maestro

FEDERICO ARCOS RAMÍREZ

Profesor de Filosofía del Derecho de la UAL



Además, en mi caso, de un amigo y un maestro, la muerte de Gregorio Peces-Barba nos deja huérfanos de uno de los políticos e intelectuales más relevantes que ha dado este país en las últimas décadas. En el momento de despedirlo, son muchas las facetas de Gregorio que podría destacar: su condición de profesor y maestro de una gran escuela de filósofos del derecho; de intelectual comprometido, siempre dispuesto a mostrar con suavidad en las formas pero sin concesiones en el fondo - sus reflexiones sobre los más diversos aspectos de la realidad de nuestros país; de político alejado del dogmatismo pero profundamente convencido al mismo tiempo de la fuerza de las ideas que profesaba para transformar la sociedad en la que le ha tocado vivir.

Pero, por encima de todo, me gustaría resaltar que nos deja una persona profundamente comprometida con la defensa de los derechos humanos a muy diferentes niveles. Primero, durante la dictadura franquista que tanto combatió, y por la que llegó a ser desterrado a un pequeño

pueblo de Burgos, actuó como abogado de los encausados por los funestos Tribunales de Orden Público. Posteriormente, en la decisiva labor que desarrolló como miembro de la ponencia que redactó la Constitución vigente, contribuyó decisivamente a situar a España en la órbita del mejor constitucionalismo y garantismo de los derechos. Por último, y quizás sea ésta su labor menos conocida para el gran público, Peces-Barba impulsó una monumental investigación jurídica y filosófica sobre los derechos humanos que modernizó la Filosofía del Derecho tras décadas de oscurantismo y será el fundador del Instituto de Derechos Humanos Bartolomé de la Casas de la Universidad Carlos III de Madrid, de la que fue su primer rector.

Tuve la suerte de compartir con Gregorio algunos de los mejores momentos de mi carrera universitaria, de disfrutar de su

amenísima conversación, de su enorme cultura y erudición, de su participación en el sentido del hu-

mor, incluso de algunas tardes de fútbol en el Bernabéu para ver a su querido Real Madrid. Creo que nos abandona un profesor e intelectual a la vieja usanza, profundamente comprometido con su trabajo como docente, investigador y conciencia crítica de la sociedad, dotado de una personalidad y una fuerza que muy difícilmente volveremos ver en el futuro. Aunque quizá algunos no supieron siempre entenderlo, fue siempre una hombre franco, sin dobleces, capaz de utilizar la ironía sin sucumbir por ello al es-

“Tuve la suerte de compartir con Gregorio algunos de los mejores momentos de mi carrera universitaria”

cepticismo, un egregio integrante de esa aristocracia de quienes no tienen miedo a decir lo que pensaba, amante del buen cine, la zarzuela, la buena mesa y, por encima de todo, de la amistad. Hace apenas un par de años pudimos disfrutar de su lucidez y enorme personalidad en el marco de un ciclo de conferencias sobre algunos desafíos actuales de los derechos humanos celebradas en la Universidad de Almería. Como siempre, lo que más nos sedujo de él, además de su cultura y claridad de ideas, fue la gran cercanía y cariño con la que nos trató.

Quienes tuvimos la fortuna de conocerle, siempre te recordaremos con afecto y admiración. Hasta siempre Gregorio.

